

EL DÍA QUE MURIÓ ANTONIO PEREIRA

por JOSÉ ANTONIO LLAMAS

El día que murió Pereira era uno de esos, fríos y desapacibles, de la primavera en la montaña. Eduardo Ferreras, un escritor de tercera fila que había sido algo poeta y ahora malvivía con su exigua paga de jubilado en una casa de madera, fría y destartalada, había escuchado la noticia, por casualidad, en una emisora de radio local que solía sintonizar, en la cama, para combatir el insomnio.

-¡Caramba! El amigo Pereira. Sabía que se encontraba enfermo porque excusó su asistencia el otro día a la lectura del discurso de José María Merino, en su ingreso en la Academia. Pero no creía que fuera para tanto.

-Es que ha sido de repente- Le aclaró a Eduardo Ferreras su esposa, que reposaba en la cama contigua y leía *Palabras de Madera* de Tomás Val en la colección Espasa Narrativa.

- Pues habrá que ir al entierro.

-¿Qué edad tenía?

-85 años.

-Bueno. Mi padre murió a los 80 y el tuyo a los 76.

-¿Y qué quieres decir con eso?

-Nada.



Eduardo Ferreras se levantó. Eran las ocho de la mañana. La casa estaba fría y tuvo que abrigarse. Bajó a la cocina y abrió a su perrita, un animal ya de una cierta edad que padecía de reuma en los cuartos traseros y a la que a veces tenía que dispensar del paseo por el campo, o ayudarle a subir la escalera de la terraza donde gustaba tumbarse al sol y vigilaba a la escasa gente que pasaba por la carretera.

Mientras la perrita se desperezaba y hacía sus necesidades por el jardín, Eduardo levantó las persianas y comprobó que las flores de los cerezos y de los ciruelos no habían abierto todavía. Ni siquiera habían florecido las lilas, y los narcisos, aunque a punto, ya, no habían abierto sus capullos.

-¡Cuánto está tardando este año el buen tiempo! Con todo lo que nevó y ahora parece que la tierra esté reseca. Voy a tener que comenzar a regar un poco.

Buscó el exprimidor para preparar el zumo de naranja para él y para su mujer. Ella se solía levantar muy tarde. Total, para lo que yo tengo que hacer, solía decir, no tengo prisa. Después, el día se me hace largo. Tapó el vaso de su mujer y bebió el suyo. Descolgó la bolsa del pan y tomó dos boles grandes, un de plástico amarillo y otro azul. Cortó la barra de pan en rebanadas y las fue desmigajando, en el bol amarillo la miga para los pájaros y en el azul las cortezas para el perro grande, el Tin, de los amigos de la casa de abajo.

Salió al jardín y esparció las migas de pan. Los pájaros, mirlos, estorninos, gorriones, petirrojos, arrendajos, y un par de urracas, esperaban en los abedules, en el serval, en los ciruelos, y en los tejados. Pero hasta que él no se fue, los pájaros no bajaron. Los vio desde la cocina mientras se preparaba el desayuno. A pesar de que había mucho, parecían interesados todos por el mismo pedacito. Las urracas eran las primeras en seleccionar y se marchaban con su botín en el pico. La mirla le suministraba al mirlo su bocado. Los petirrojos corrían detrás del primero de los suyos que había conseguido llevarse algo. Desde lo alto de las ramas caían las migas de pan y sus propietarios se tiraban en picado para rescatarlas.

-¿De qué se alimentarían si no estuviera yo? Pensó en lo que dice el Evangelio. Los pájaros del cielo no siembran ni recogen pero Dios nuestro Señor los alimenta. Ya, pero Dios nuestro señor se vale de mí y de otros como yo. Así no tiene ninguna gracia.

Vertió la leche en el tazón, leche apropiada para lo suyo de la próstata y lo metió en el microondas. Buscó unos panecillos y los fue cortando por la mitad. Los untó con mantequilla y mermelada de ciruelas. Sacó el tazón y se sentó en la mesa de la diminuta cocina, en el piso inferior, en un añadido construido por él mismo, al lado del garaje. Miró al falso techo de escayola lleno de lamparones de la nieve que traspasaba la terraza.

-Si tuviera con qué, tendría que cambiarlo. Total, no debe subir mucho. A lo mejor con cien euros, en esa tienda nueva del Portillo, lo hago. Pero no tengo cien euros. Lo dejaré para más adelante.

Terminado el desayuno se calzó los guantes y arrastró el caldero de lata, uno de esos de pinturas recogido en el basurero, y el paletón, y se puso a limpiar la chimenea.

-Hoy tendré que cortar más leña. Mi mujer, anoche, quemó toda la que quedaba. Es que esta leña de chopo, en realidad no vale nada. Arde y no calienta. Pero, es la única de la que dispongo. La de roble se nos acabó en diciembre. ¡Doscientos euros! Y nos duró dos meses. Estuvimos esperando para reunir otros doscientos, pero la Navidad... Así que he tenido que acarrear a hombros lo que encuentro por ahí tirado, por los caminos y las huertas.

Eduardo Ferreras salió al jardín a contemplar sus propiedades. Un sol frío que llegaba desde Bodón trataba de paliar el influjo del cierzo que traba de colarse por el desfiladero nordés y el viento que bajaba del puertecillo, por la carretera de la Collada.

-Tendré que cavar la tierra. Los rosales necesitan abono. En realidad debería hacerme con algunos nuevos. Estos deben tener ya veinte años. No sé a cómo estarán de precio. Es igual, estén a como estén, aunque sea a cinco euros, no podré comprar ninguno, así que tendré que seguir con estos. Este de aquí, el de las rosas blancas, lo traje de casa de mi madre y ya era viejo. Sin embargo continúa vivo. ¡Pobre Pereira! ¡Y de su mujer! Estaban tan unidos. Iban siempre juntos a todas partes. Claro que para lo que tenían que hacer. Yo no los recuerdo nunca trabajando. Sí, al principio, sí. Cuando yo tenía veinte años Pereira era el concesionario de electrodomésticos para todo el noroeste de España. Recuerdo un letrero en grandes letras muy brillantes en el frontis del establecimiento en una calle céntrica de la ciudad. Fui a verlo alguna vez. Tenía un despacho enorme. Y una secretaria. Probablemente iría yo a pedirle algún poema para la Revista.

Hacía frío. Eduardo Ferreras volvió a entrar en la casa. Xiara, la perrita, se había cobijado en su espacio, debajo de la chimenea, en el rincón que, en principio estaba destinado a leñero y que ahora disfrutaba ella, en su cestita, al calor que traspasaba desde lo alto. Se dispuso a encender el calentador de gas butano para asearse. Como cada día hubo de desmontarlo y limpiar los quemadores.

-Cuando tenga con qué tendría que cambiarlo. Debe tener más de veinte años. Nos lo regaló un cuñado cuando instaló uno nuevo y lo sacó para cuando pasara el chatarrero. Hace un par de meses llamarnos al fontanero y nos cobró veinte euros para dejarlo como estaba. ¿Cuánto costará uno nuevo? Es igual, cueste lo que cueste. Habrá que esperar a ver si vendo algún cuento o alguna conferencia, porque, con la

pensión...

Después de un rato, la llama azul se quedó quieta y Eduardo Ferreras subió al piso de arriba. Su mujer había apagado la luz. Ahora roncaba. El reloj daba las nueve. El gato blanco, Topo, que había dormido con él, en su cama, salía de la habitación, desperezándose. La perra Xiara, que subió las escaleras torpemente, ahora trataba de saltar sobre el sofá Tuvo que ayudarla. El topo miagó insistentemente. Necesitaba salir a la terraza.

Eduardo Ferreras se acercó a su mesa y abrió la tapa del ordenador portátil. Lo enchufó. Mientras se calentaba entró en el cuarto de baño para proceder a su aseo personal.

-¡Pobre Pereira! Ahora que había conseguido ya todos los premios y reconocimientos... Hasta Doctor Honoris causa por la Universidad de su ciudad lo habían hecho. Y ahora va y se muere. Claro que hasta en eso tuvo suerte. Una muerte repentina y a los 85 años ¿quién no la firmara?

El agua procedente de los depósitos en lo más apartado de la montaña salía gélida.

-Tendría que haber puesto agua caliente también en este piso. Cuando lo hice no tenía con qué y ahora tampoco. Claro que entonces, trabajando como trabajaba catorce horas diarias dando clases a los aprendices de conductores, en Barcelona, nunca pensé que aquí llegara a hacer tanto frío. En realidad tampoco entonces lo que ganaba me daba para tanto.

Recordó aquella vez que llegó Pereira a Barcelona. Eduardo se había tenido que ir de la ciudad por no encontrar trabajo. Acababa de dejar el seminario y nadie en la ciudad le tendió una mano. Llegó a Barcelona en aquel tren que llamaban El Gallego, con una mano atrás otra delante. Encontró un empleo un almacén y después en una casa de seguros. Pero a era una vieja historia. Un día le llamó por teléfono Batlló, el editor de El Bardo, para decirle que se encontraba hablando con un paisano suyo que se llamaba Pereira.

-Ha venido a pedirme que le publique un libro, y se lo voy a publicar, porque con lo que él me paga puedo sacar otros dos que me interesan.

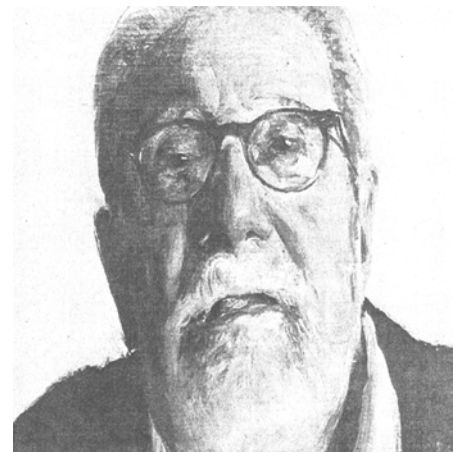
Eduardo Ferreras salió del cuarto de baño. El piso de arriba estaba frío.

-¿Encenderé la estufa eléctrica? No. Este mes, la factura...

Abrió la puerta del dormitorio. El Topo había vuelto a entrar y dormía, enroscado en el mismo hueco que él había dejado en su cama. Su mujer, vuelta del lado de la pared, roncaba suavemente. Últimamente no andaba muy bien de salud; tosía mucho. Había tenido que dejar de fumar porque se ahogaba. Era una tos nerviosa. Él creía saber el motivo: los nervios. No era capaz de aclimatarse a las penurias. Dos años de baja por la operación de columna de Eduardo, cobrando una mínima pensión, y después la jubilación y la mísera paga que el Estado destina a los autónomos. Mucho tiempo sin ver la luz, sin darse un capricho, sin poder bajar a la ciudad a un concierto. Sin comprarse un trapo.

Cuando a Eduardo Ferreras se le declaró el cáncer de próstata y se vio obligado a un semestre de sesiones de radioterapia, ella se vino abajo. Solo nos faltaba eso. Comenzó a flaquear. A levantarse tarde. A suspirar sin motivo. A lamentarse.

Entró en internet y buscó la prensa local. La noticia de la muerte de Pereira venía en primera página. Todos coincidían en aplaudir la trayectoria del genial escritor, simpático, amable, considerado, sencillo, y el paradigma del escritor de cuentos y ameno conferenciante, cuya irreparable pérdida resultaría insustituible en las letras patrias. Luis Antonio de Villena recordaba su último encuentro con el eximio escritor en el Palacio de la Moncloa, donde les había recibido el Presidente del Gobierno. Los periodistas glosaban la amenidad innata del difunto y los escritores cuánto le debían al Maestro. Eduardo Ferreras se preguntó qué podía hacer él para mostrar sus respetos por el escritor difunto y no encontró nada conveniente.



Dilucidó si no sería mejor llamar a alguno de los escritores para pedir consejo, pero no se encontró con la suficiente confianza para hacerlo. De modo que se puso a escribir en su novela, dando tiempo a que le viniese alguna idea acerca de cómo actuar. Era domingo. Su mujer se levantó con tiempo para asearse y acudir a misa. Eduardo Ferreras no podía concentrarse. Se encontraba corrigiendo las casi 3000 páginas que había ido escribiendo en los dos años de convalecencia y los tres de jubilado. En realidad, no le corría prisa ya que no tenía editor ni esperanzas de encontrarlo. Pero necesitaba escribir. Lo necesitaba como algo imperioso. Como algo que te puede salvar de la derrota. Algo que te puede servir de agarradero.

Decidió que lo mejor sería calzarse las botas, ponerse el impermeable y bajar a soltar los perros del periodista para llevarlos de paseo. Parecía querer nevar. El

viento venía ahora del desfiladero nordés de Los Pontedos. El sol había huido, escondiéndose entre las nubes. El perro pequeño, el Nami, al verlo, se fue al garaje para recoger su muñeco de trapo y traérselo a Eduardo Ferreras. El Tin, un joven labrador de gran alzada, de dos años de edad, y todavía con escaso juicio, aullaba, en medio de la huerta. Le dejó que mordiese la correa y que trotase detrás, haciendo sus acostumbradas demostraciones de contento.

Por el camino del Argallo, el Tin iba y venía, saltaba, hacía sus necesidades, escarbaba la tierra, se metía en el riachuelo, ladraba al ganado suelto por el monte. Soltó al Nami, que desapareció con el otro, La Xiara, a su lado, lo miraba con sus ojos rubios.

-Tú y yo ahora, vamos a recoger leña. Ya sabes que a tu ama se le ha metido dentro del frío y no es capaz de echarlo. No te vayas lejos. Corre un poco por la hierba y esperemos que aquellos dos sabuesos no se pongan a correr detrás de las vacas y venga el dueño.

¡Pobre Pereira! Pensaba mientras empujaba fuerte contra el tronco podrido de un espino albar cuidando de no clavarse las púas afiladas en las manos. Las cuidaba mucho para así no tener problemas con el teclado del portátil. Ahora los teclados parecen hechos para manos finas de mujer. ¿Escribiría Pereira sus propios textos o los encargaría a una secretaria? ¿Cómo serían las manos de Pereira? Él lo había conocido siempre en reuniones y saraos, siempre chistoso, siempre amable, patriarcal, solícito, especialmente con las mujeres. Pero no sabía como eran sus manos.

Recordó aquellos versos que cantaba Raimon en los tiempos de lucha en Barcelona: Del hombre, mira siempre las manos. Aquellos años en los que él militaba en el comunismo y se jugaba la libertad en las manifestaciones y repartiendo octavillas clandestinas. ¿Cuál había sido la ideología política de Pereira? Lo ignoraba. Tan solo conocía sus poesías y sus cuentos. Y su trato con el maestro G. De Lama que había sido profesor de Eduardo en el seminario. Pero el mentado Don Antonio había sido amigo de Pereira. Él y su mujer lo llevaban de vacaciones. Eduardo Ferreras, en cambio, jamás había hablado con Don Antonio de otra cosa que no fuera literatura. O filosofía.

Los dos perros bajaban del monte de vez en cuando para comprobar si Eduardo Llamazares continuaba allí y se iban otra vez. La Xiara, su vieja perra, lanuda, lo miraba fijamente. Ya tenía el haz de leña atado y dispuesto. ¿No se habría pasado un poco? No te creas. Todo esto se gasta en una noche. Y eso que ella no enciende

hasta las ocho. Sabe lo que me cuesta acarrear cada carga y trata de ahorrar un poco.

-¡Pobre Pereira! Probablemente, de haberme acercado a él y haberle pedido ayuda...

A un silbido agudo los dos perros se acercaron a Eduardo Ferreras.

-Venga, vámonos a casa. Vamos a ver si vuestra segunda ama os ha dejado algo de arroz de la comida. Me parece que sobró un poco. Y si no, ya lo sabéis, pan migado con leche. Era la comida preferida de mi madre, viuda de barrendero, que aprendió a subsistir con una miserable pensión y que hasta los 86 años tuvo que valerse por sí misma, en su propia casa, encendiendo cada día la cocina de carbón y...

Eduardo Ferreras se percató de que comenzaba a mostrarse injusto.

-Al fin y al cabo cada cual recibe, al nacer, un destino propio. Y nadie tiene la culpa de que yo haya recibido este.